

ANTONIO NOBRE

(FRAGMENTO DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA POR DON ÁLVARO DE LAS CASAS EL DÍA 3 DE FEBRERO DE 1927, EN EL CENTRO DE INTERCAMBIO INTELECTUAL GERMANO-ESPAÑOL)

Señoras, señores:

Al verme en esta altura y al considerar la insignificancia de este disertante, cuyo nombre no habréis oído pronunciar más allá de un par de veces, tengo la seguridad, señoras y señores, de que estáis pensando en el número aproximado de tópicos en que voy a caer para agradecer a los sabios directores del Centro Intelectual Germano-Español su gentileza al convidarme amablemente a colaborar en esta serie de conferencias; creeréis que voy a empezar evocando las cien figuras—verdaderamente insignes—que por aquí han desfilado. Y no es así: mi gratitud, por honda, no salta a los labios. Además, sin comparaciones, pasaré más inadvertido, mi marcha será más silenciosa, y mi recuerdo, estoy seguro, menos perdurable.

Quiero, eso sí, llamaros la atención sobre el tema escogido para esta conferencia, y preveniros contra algún posible prejuicio: yo no vengo aquí con una labor de crítica—honradamente debo de decirlo—, sino con unos breves comentarios en los cuales resplandecerá la devota admiración que siempre me ha inspirado la obra de Antonio Nobre, a quien reputo como uno de los más grandes poetas que ha producido la literatura portuguesa, esa literatura, verdaderamente espléndida, que dió al mundo el *Cancionero de Ajuda* y los *Sonetos de Amor*, de Luis de Camões.

La literatura abre en Portugal el siglo XIX con dos poemas, *Camões* y *Doña Blanca*, que en 1825 y 1826 da a la estampa aquel gran poeta que se llamó Juan Bautista de Almeida Garret (1799-1854), con los cuales el romanticismo inicia su vuelo, en el reinado de Don Pedro IV, de la mano de Antonio Feliciano de Castillo y Alejandro Herculano, movimiento y hombres de quienes tuve el honor de ocuparme, en noviembre de 1923, en la Unión Ibero-Americana. Por este gran arco—cuya clave la forman Juan de Lemos y los poetas del *Trovador*—, la magnífica tradición literaria de los Gil Vicente, Bernardino Ribeiro, Sá de Miranda.... se continúa en prestigios del fuste de Gómez de Amorín, Méndez Leal, Suárez de Pasos, Tomás Ribeiro, Buihão Pato y tantos más, románticos todos ellos y del mejor estilo.

Pronto, valores tan sólidos como Eça, Antero y Ramalho dan al traste con ello, y su obra, por razones que no es del caso comentar, van difuminándose poco a poco hasta ser apenas una sombra que errante va vibrando aquí y allá; porque eso sí, lo repito: mientras Portugal exista, habrá románticos. Y hasta nuestros días—claveamos el jalón en la caída de la monarquía—, agrupados en una u otra escuela, florecen en el país hermano poetas como Juan de Deus (1830-1896), el dolorido autor de *Campo de Flores*, cuya amargura agitó el espíritu de todos los poetas de la tierra; Antero de Quental (1842-1892), recientemente comentado en Madrid, el autor de *Rayos de extinta luz*, cuyos *Sonetos* brillantan todas las antologías; Guillermo de Azevedo (1846-1882), el autor de *Alma Nueva* y *Radiaciones de la Noche*; Cesáreo Verde (1855-1886), el malogrado poeta que sentía

um desejo absurdo de soffrer....;

el conde de Monsaraz (1852-1913) que tanta admiración despertó con su *Catalina de Ataide* cuando se conmemora-

ba el tercer centenario del inmortal autor de *Os Lusíadas*; el limiano Antonio Feijoo (1867-1917), muerto en Estocolmo, cuyas *Líricas* y *Bucólicas* cada vez son más leídas; y, cerrando la serie, Guerra Junqueiro, el insuperable autor de *Os Simples*, de *La vejez del Padre Eterno*, de la *Oración a la Luz*....

Hé aquí, apenas citados, los nombres consagrados por el siglo XIX, el tan injustamente combatido siglo XIX, cuya significación tendrá algún día—cuando la distancia permita una observación desapasionada—trascendencia extraordinaria.

En este siglo, el día 16 de agosto de 1867, nace Antonio Nobre en la ciudad de Oporto.

No deja de tener interés decir algo de esta ciudad; para los que no la conocen, será no sólo útil, sino imprescindible saber cuál fue el medio en que el poeta nació; para los que la conocen, tengo la certeza de que les será grato recordarla y conveniente pensar en ella cuando vamos a evocar a uno de sus hijos más ilustres.

Oporto—*Porto* en portugués: *puerto*—está situado, como sabéis, a la orilla derecha del Duero, próximo a la costa atlántica, en la que tiene, a manera de avanzada, el puerto de Leixões, escala importantísima aun para los más grandes trasatlánticos. Es la segunda ciudad del país, y en movimiento y animación, hay quien la prefiere a Lisboa, capital de la República. Es grande, limpio, hermoso, rodeado de un horizonte bellissimo, con gran parte de los encantos que caracterizan al Miño, región, sin duda, de las más bellas de la Península.

Acostumbra a decirse que es la Barcelona portuguesa, queriendo expresar con la comparación el carácter industrial y materialista de la urbe, frente al espiritualismo y altura mental de Lisboa, y, naturalmente, los que así hablan caen en el mismo error de los que no saben que

Barcelona es mentalmente tanto como Madrid, por no decir que un poco más interesante. Oporto, con su Universidad, sus grandes diarios, su Sociedad de Bellas Artes, y sobre todo con su grupo de la *Renasçença* y su revista *A Aguia*, lleva la dirección de un gran sector de cultura, ¿por qué no decir que el mejor? Concretando: ¿quién no sabe que, desde Oporto, Leonardo Coimbra acaudilla, en plena vanguardia, al sector más selecto de la juventud portuguesa? ¿quién no sabe que en Amarante, podemos decir en Oporto, Teixeira de Pascoaes es el vértice de la gran pirámide de la lírica lusitana? ¿Quién no sabe que en Oporto vivió sus últimos días y murió Guerra Junqueiro, el vate de la raza latina? ¿Quién no sabe que en Vilanova da Gaia—a unos metros de la plaza de la Batalla—, el estudio de Texeira López es el mejor museo de la actual escultura portuguesa?

Oporto es, además, alegría e inquietud: alegría de sus canciones bulliciosas, frente a los fados llorones y angustiosos de Alfama y el Mondego; inquietud—como el vino verde de sus aldeas—, porque siendo la cuna de la nacionalidad (Portu-Gale o Cale), no perdió el optimismo y la gracia de la juventud. Oporto, además, siendo portugués hasta la médula, tiene un aire de elegancia de yate, un tono cosmopolita de *sleeping* que le mantiene a la altura de una estación internacional; diríase que allí no hay nadie que no conozca Londres (París es sólo el ideal de los dependientes recién casados y de los pintores de chalina) no haya estado en Río Janeiro y no tenga una amiga Lady. Las gentes, hechas al trato con ciudadanos de todas las naciones, son decidoras y comprensivas.

Es aquí—a unos pocos kilómetros: en Povia do Barcim—donde nace Eça de Queiroz, el cónsul en Cuba, Bristol y París, que con su monóculo y sus plastrones fue árbitro de elegancias, y con su humorismo impuso una

moda a Europa; es aquí en donde nace Antonio Nobre, que en sus treinta y tres años de vida, conoció Alemania, Suiza, Francia, América, la isla de Madera.... y fechó versos en media docena de mares.

En el corazón de Oporto, en la simpática rúa de Santa Catalina—conocida hasta por los indianos de escala—, nació Antonio Nobre el día 16 de agosto, y no el 7, como muchos han creído, del año de 1867; era hijo de don José Pereira Nobre, natural del concejo de Felgueiras, y de doña Ana de Souza Nobre, natural del concejo de Peñafiel.

Con sus padres pasó los primeros años de su vida, y a su lado hizo los primeros estudios, hasta que en 1888 fue a Coimbra, en cuya Universidad se matriculó como alumno de la facultad de Derecho; pero, suspenso dos veces en el primer curso, en 1890 dejó los estudios y se fue a París a estudiar ciencias políticas en la Escuela Libre: en realidad, se va al mundo, prefiriendo ser

*bacharel formado en Illusões
pela Universidade da Chimera.*

En 1895, ya licenciado, vuelve a Portugal para hacer oposiciones a la carrera consular, en la que no logra ingresar; ¡la tragedia de las oposiciones, aquí como allí! Entonces se le declara aquella terrible tuberculosis pulmonar que le llevó al sepulcro. Enfermo, fue buscando alivio por diversos países, sin esperanza de curación, repitiendo aquel verso tan lleno de amargura

Meu Deus! Meu Deus! e eu sempre a errar no mundo....

hasta que se decidió a regresar a Carreiros (Foz do Douro), en donde murió, a las diez y media de la mañana del martes (terça feira) del día 18 de marzo de 1900, siendo sepultado en el cementerio del Reposo (Oporto), en el pan-

teón de la familia Viana. El había vaticinado el día último, cuando escribiera

*aquelle que nasceu em terça feira
e em terça feira morrera, talvez....*

A través de un libro de versos, quién más, quién menos, ve la figura del poeta que los escribió, a cuya visión la realidad casi nunca responde; así, es muy frecuente encontrar hombres escépticos tras libros religiosos; sentimentales, tras libros cómicos; grandes señores, tras obras chabacanas y ramplonas; líricos, tras obras demoledoras; aristócratas, tras libros de avanzadas tendencias democráticas, etc. ¿Quién se imagina al glorioso Junqueiro de *La Lagrima*, comprando y vendiendo muebles viejos?... A través de *SO*, yo creo ver a un hombre alto, rubio, barbilampiño, envuelto en amplia capa a la española, un poco desarreglado en el vestir, vehemente, apasionado, con los bolsillos llenos de papeles a la manera de los periodistas, discutiendo en la mesa de un café sobre todo lo divino y lo humano, y luego huyendo al reposo de la aldea a vivir los encantos de la naturaleza.... y los retratos y las referencias que de él se conservan nos dicen que, por el contrario, era un mozo moreno, de gran bigote negro, muy cuidadoso en el vestir, silencioso en los butacones de los grandes trasatlánticos, arreglado como los diplomáticos tradicionales, siempre con buenos alfileres de corbata, altos cuellos inmaculados y gabanes cortados por los mejores sastres de Europa. Era, al parecer, el prototipo del portugués señor, capaz de morir al ver estropeado su último *smoking*.

Antonio Nobre publicó un solo libro, titulado *SO* (Solo), si bien dos años después de su muerte, en 1902, fueron publicadas muchas poesías suyas, en un tomo titulado *Despedidas*. Preparaba, según él mismo tenía anunciado y otros de sus íntimos han afirmado documental-

mente, otros libros que se titularían *Alicerces* (según Alberto Pimentel), *Regreso ao Reyno* (anunciado en la segunda edición del *SO*), *Primeiros Versos*, prefaciados por Justino de Montalvão (anunciado en *Despedidas*) *Regreso do mozo Anriquez* (anunciado en 1899 en la revista *A Arte*) y *O Desejado* (del cual se conocen algunos fragmentos).

Nosotros, en general, sólo nos ocuparemos del *SO*, porque es el único libro que el propio poeta publicó, y del único, por lo tanto, que tiene absoluta responsabilidad; porque puede decirse que es el único conocido, porque resume la obra del poeta, porque es el que creó la llamada escuela de los *sosistas* o *sosismo*, y porque en torno a él han girado casi todos los comentarios que de Nobre se hicieron.

Pocos poetas han despertado en Portugal tanto interés y han suscitado tan apasionadas controversias como Nobre; desde Sampaio, que en la serie de *Los Barbaros* lo combate sin consideración alguna, y con los argumentos más duros, hasta el vizconde de Vila-Moura, que lo defiende y elogia con el más exaltado apasionamiento, todos, absolutamente todos cuantos en trabajos literarios se han ocupado y se ocupan, le han dedicado alguna referencia.....

Cuéntase que, cuando era niño, las viejas amas de llaves, los abades, los labradores amigos, los vecinos, lo miraban llenos de ternura y emoción, y viendo en el fondo de sus ojos—*olhos enormes (immensos quando scismavan)*—la luz que resplandece en las pupilas geniales, le decían: Serás el príncipe de los poetas de tu tiempo.

Y lo fue; lo fue a la manera tradicional, como los niños conciben a los poetas: soñador, romántico, exaltado. De mozo—todos lo decían—se iba a la orilla del mar a leerle a las olas versos de Byron; recorría los cementerios buscando las cenizas de Hamlet; oraba ante la apa-

recida sombra de Baudelaire; subía a los montes esperando ver llegar, niño y guerrero, a Don Sebastián que se perdiera en Alcazarquivir; entraba al atardecer en las iglesias para oír mejor las melodías de los órganos.... que no sonaban nunca.

Dos misterios hay en su vida que es difícil aclarar: el uno envuelve a sus enamoramientos con doña Constanza da Gama, juzgada por los tribunales militares de Santa Clara, la cual enfermó de pasión al saber de su muerte. El otro hace incomprensible la ruptura de su amistad con cierto conocidísimo escritor—valor muy apreciable—a quien había dedicado en la primera edición del *SO* la serie de versos titulada *Terças Feiras*, con un envío en que le llamaba: *Condezinho de Tolstoi, amigo certo na hora incerta; aguia seu irmão, seu palio aberto*.

Puede que en el uno no haya más que una exaltación de histeria y en el otro una literaria influencia de Oscar Wilde, entonces tan en moda, cuyos libros eran ávidamente leídos en todas partes. De todas las maneras, y aunque ligerísimamente, convenía recoger aquí estos dos datos.

Monis Barreto llamaba al *SO* colección de versos entremezclados con prosas impresas como versos. El juicio, que a cierto apasionado crítico parece magistral, me da la prueba de una incomprensión lamentable, claro está que comprensible en quien la acepta; me parece ver repetido el caso de Valera frente a Rubén Darío, glosado por quien se atreve a afirmar que *arte de minoría nunca puede ser gran arte*. Pensando así, tan torpemente, la dama de Elche será siempre un adefesio, y un dechado de hermosuras y exquisiteces el espantapájaros de la torre Eiffel.

En esta magnífica colección de versos que se titula

SO hay un gran fondo de clasicismo capaz de ponerse al nivel de la firma de los más exigentes académicos; son, por ejemplo, los sonetos, de los cuales pudiéramos traducir muchos de ellos, no sólo a guisa de incontrovertible demostración, sino como muestra para que por ellos vierais cuánta y cuán grande era la inspiración del poeta. Aquel, verbigracia,

*Virgenes que pasáis al sol poniente
por los caminos yermos, a cantar,
yo quiero oír una canción ardiente
que me transporte a mi perdido hogar,*

que me parece—temo que sea exagerada la comparación—tan bueno como el celeberrimo

Alma minha gentil que te partiste....

que viene disfrutando la primacía en la lírica lusitana.

Pero lo que indudablemente da tono al libro, en su aspecto formal, es una gran libertad—libertad en la rima y libertad en la medida--que produce conjuntos verdaderamente maravillosos y en cierto sentido insospechados. ¿Pruebas? Sobran. Oíd aquel *Luzitania no Bairro-Latino*, piedra de escándalo de los críticos de mayoría:

.....So!
*Ai do Luziada, coitado,
que ven de tão longe, coberto de pó,
que não ama nem é amado
lugubre outomno no mez de abril!
Que triste foi o seu fado!
Antes fosse p'ra soldado,
Antes posse p'r'o Brazil....*

*Menino e moço tive uma Torre de leite,
torre sem par!
Oliveiras que davam azeite,
searas que davam linho de fiar
moinhos de velas como latinas
que São Lourenço fazia andar....*

Esta alteración de versos largos y cortos, unas veces arbitraria y otras repetida con verdadera uniformidad, en que para nada se tiene en cuenta ni el número de las sílabas ni la situación de los acentos, como en la *Luzitania* o en la *Carta a Manuel*, es la que más tarde había de ser consagrada en la lírica de Rubén Darío, llevada por el inmortal autor de la *Marcha triunfal* al más alto grado de perfeccionamiento, sin que con esto quiera señalar ligazones ni influencias, que no deseo precisar en este momento.

No pocas veces se inspira en motivos populares que recortan aquellas *Quadras* (coplas), *Para as Raparigas de Coímbra*, que tal vez oísteis acompañadas de cualquier fado popular:

*Minha capa vos acoite
que e p'ra vos agazalhar;
se por fora e cor de noite,
por dentro e cor de luar....*

*Aos olhos da minha fonte
vinde os cantaros encher:
não ha assim segunda fonte
com duas bicas a correr.*

Y, en general, un aire romántico que alienta en todo el libro y llamea en aquel magnífico poema de los *Caballeros* (*Os Cavalleiros*):

—A dónde vas, caballero,
tan de noche y sin lunar?
Le dice el viento viajero
al lado suyo a silbar.
No responde el caballero
que está mudo a meditar.

—A dónde vas, dice el viento,
con tan loco galopar?
Andas buscando un convento?
Yo te enseñaré a rezar.
Surge la Luna un momento
como un convento sin par.

—Vas a llevar un mensaje?
Pues yo te lo iré a entregar:
cuando estés a medio viaje
yo ya de vuelta he de estar.
Y al seguir, en su pasaje,
hace a los pinos doblar.

—Vas a un castillo roquero?
Yo te ayudaré a escalar:
no hay en el mundo cantero
que a mi se pueda igualar.
No responde el caballero
y el viento torna a cantar.

—Dime: Vas para la guerra?
Pues yo te quiero llevar
que no hay caballo en la Tierra
que tenga tan buen andar...
Y la tormenta en la sierra
hace a las rocas temblar!

—Has de ganar las batallas
que por ti he de velar:
me pondré frente a las balas
y las haré vacilar.
Los árboles forman alas
viendo al guerrero pasar.

—Quieres llevar carabelas
sobre las aguas del mar?
Pues yo te inflaré las velas
sin cansarme de soplar....
Y en el cielo las Estrellas
se asoman para escuchar.

—En tan loca galopada,
vas a tu infancia, a tu hogar?
Yo conozco tu posada,
allá tengo ido a parar.
La tormenta está alejada,
y el cielo va a clarear, etc.

Se dice que abusaba de los consonantes, y si bien es verdad, no lo es menos que con sus repeticiones conseguía efectos lindísimos; bien se ve, por ejemplo, en aquella rima que puso tan en moda:

*Adeus! Eu parto mas volto, breve,
a tua caza que deixei la!
Leva-me o Outomno (não tarda a neve)
Leva-me o Outomno (não tarda a neve)
No meu regreso que sol fara!*

Se dice que su léxico era pobrísimo y su obra está plagada de ripios. Honradamente hemos de confesarlo, en parte, y nos adelantamos con algunos ejemplos, que abundan sobre todo en el verso *Memoria*:

*Ora isto, senhores, deu-se em Traz-os-Montes,
em terras de Borba, com torres e pontes;*

y mejor aún en *Purinha*. Ora bien, ¿es por pobreza de léxico? Creo firmemente que no. Le sobra facilidad y riqueza a quien escribió:

*O João dorme (O Maria
dize aquella cotovia
que falle mais de vagar:
não va o João acordar ...)*

*Tem so um palmo de altura
e uem meio de largura;
para o amigo orangotango
o João seria....um morango!
Podia engulil—o um leão
quando nasce! As pombas são
um poucoquinho maiores....
Mas os astros são menores.*

El problema está sin duda en la necesidad de expresar una cantidad verdaderamente exorbitante de imágenes, que le obliga a ir alargando los versos para que todas ellas tengan cabida. Ved, si no a la Luna: la llama: *tumba en la distancia, abadesa secular, predicadora de un sermón de lágrimas, Hostia blanquísima, huso en que la Virgen Maria hace media para el Niño Jesús, convento del aire, segadora que por las noches ensaya bailados, centimela que vigila las puertas del Cielo, madrina de Ofelia lecherita....* Esto, en verdad, es algo más que el ridículo broche de plata que todos desdichadamente hemos manoseado. En *Purinha* enumera la impresión que a todos produce su amada, y es *blanca como una ermita*; para el pastor *oveja que se fue del rebaño*; para otro, *la Luna de enero*; para el pescador *lancha su que va por el mar*; para el molinero, *su molino a andar*, etc., etc.

En fin, Nobre era un poeta de fin de siglo, que heredara las formas románticas por intermedio de los decadentistas franceses, pero con un poder tal de asimilación y un carácter tan señaladamente personal que, en sí, unas y otras maneras se transforman, condensándose en uno de los libros más originales que ha producido la literatura portuguesa; para mí, el más original de todos.

SO—dijo el gran Antero de Figueiredo—*está escrito en París en un antiguo convento del Quartier, y es hijo de la ausencia y del tedio, fue criado por la Saudade y mamó la leche del dolor.* Con ser tan lírica la definición, el propio autor la completó mejor que nadie:

So é o poeta-nato

Sí; *SO* es la autobiografía de Antonio Nobre y es su testamento, el testamento de un hombre sincero que a cada momento piensa en la muerte próxima. En sus páginas van reflejándose, con sencillez infantil unas veces, con ternura de enfermo otras, con inquietud de maribundo las más, sus deseos, sus penas, sus alegrías, sus quebrantos, sus desazones, sus ansias, sus esperanzas, sus agobios, sus impresiones de la vida, en una palabra. *SO*—él mismo lo dijo también—es el Misal de un torturado que ofrece a sus compatriotas con esta sincera advertencia:

*tende cautella, não vos faça mal...
que é o livro mais triste que ha em Portugal!*

tristeza que presiente la muerte, a la que va serenamente, tranquilamente, podemos decir: satisfecho. Véase si no aquella imponderable charla con su propio corazón, que para mí señala una de las páginas más lindas y sentidas del libro:

*Mi corazón: duérmete, aquieta;
corazón mio, vele acostar.
Nuestro dolor a nadie inquieta,
nuestro dolor a nadie inquieta,
corazón mio, ven a soñar.*

*El mundo vi, pero engañado
me siento harto de vivir;
vi como es y estoy cansado,
vi como es y estoy cansado,
corazón mio, vamos morir.*

*A la puerta de la Ventura
llamé en vano, con ilusión;
vamos a ver si la sepultura
Vamos a ver si la sepultura
nos hace lo mismo, corazón.*

*Adiós, Planeta! Adiós, oh Lama!
que a ambos nos vas a digerir.
Mi corazón la Vieja llama,
mi corazón la Vieja llama:
basta, por Dios! Vamos dormir.*

Como todos los románticos, sueña incesantemente con los tiempos pasados, y así se ilusiona y

*cuido viver
n'outro seculo em que eu deveria nascer.*

Le entristece todo (*hysterisa-me o vento*, dice) y todo le impresiona, y sobre todo, naturalmente, los enfermos, los que sufren sus mismos males, los que tienen señalado el mismo fin, uno de los cuales le inspira aquella amarguísima poesía, *Pobre Tysica*:



*Cuando ella pasa por mi puerta
delgada, livida, casi muerta,
y va a la orilla del mar,
labios blancos y disjuntos,
mi corazón toca a difuntos,
mi corazón rompe a llorar.*

*Pasa tan leve que suspira
el mismo aire, y ella mira
a las gaviotas sobre el mar;
y es así cuando sus ojos
—que de tan ardientes son rojos—
son dos murciélagos a volar.*

Busca al Sol, al Sol que anima, tonifica, alegra y cura,
y rompe en un alalá:

*—O SOL, o Sol! Tragico, afflicto, doido, venho
à tua sande erguer a minha taça ardente!*

Y sin conocer a España, pero entreveyéndola, nos dedica versos sentidísimos en que canta a la Andalucía universalmente conocida, que imagina radiante y confortadora, vetada de nervios trágicos que, en su natural desconocimiento del país, confunde. Canta a Cádiz:

*Olhos de Cadiz tão pretos
(e o mar ao fe tão azul).*

Canta a Málaga:

*Malaga, terra de encantos,
terra de vinhas doiradas!
Malaga, terra de encantos!
Igrejas cheias de Santos,
e Virgenes cheias de espadas!*

(Concluirá)

REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora
del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	0.20
Suscripción por año (adelantada)....	2.00
Número atrasado.....	0.30

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

